

ROBERTO BRAVO  
EL DESAGRAVIO

El viejo Molloy fue el primero en verlo, el murciélago salía de una de las hendiduras que separan las paredes del mercado de la tienda de don Casto. Al verlo planear, Molloy abandonó la dirección y fue a estrellar su bicicleta contra el borde de la acera. Su cuerpo saltó por encima del manubrio y dio un golpe seco en el pavimento. Qué putazo, dijo un dependiente de don Casto al ver la caída. Eso le pasa por pegarle a su madre cuando no le da dinero, agregó don Casto mirando al viejo sin preocuparse. Al viejo Molloy se le acusaba, además de pegarle a su madre, más vieja que él, de fornicar con ella. Es castigo de Dios, ayúdalo a levantarse, le ordenó al empleado. El dependiente agarró al viejo por los sobacos y le dio un jalón hacia arriba. Te está castigando Dios, le habló.

Molloy volteó con los ojos desorbitados, al que va a castigar es a tu patrón (don Casto, viendo que un frasco de D.D.T. se había derramado sobre un saco de harina, se apresuró a venderlo ocasionando la muerte de cuatro familias). ¡Mira!, dijo Molloy señalando al murciélago que planeaba a media calle. A la gran puta, exclamó el empleado soltando al viejo que hizo equilibrio para no volverse a caer. Mire don Casto, gritó el dependiente. Don Casto salió haciendo visera con una mano para no deslumbrarse. Esto es castigo de Dios, se persignó con la otra mano: algo malo va a ocurrir.

Un coche se estacionó a escasos metros de donde estaban; se bajó primero el maricón que lo conducía y después otro; los dos esperaron a una mujer cargada de joyas que salió con trabajos; después, uno fue a la cajuela y sacó dos canastas grandes; cuando estuvieron juntos, caminaron hacia el grupo. Molloy sangraba de la nariz y tenía raspaduras en los brazos y en la cara. Qué barbaridad, dijo la mujer mirándolo. Qué te pasó, se sintió estúpida cuando vio los fierros retorcidos de la bicicleta. Ya estás grande Molloy, no deberías pedalear, agregó en tono misericordioso. Molloy se metió las puntas de la camisa en la nariz y no contestó nada. Don Casto intervino entonces, mire usted, doña Olga, y señaló al murciélago que dio tres aletazos para trazar una vuelta más. Ave María purísima dijo la mujer y se puso pálida. Los maricones se abrazaron a ella y empezaron a llorar. Dios la coja confesada, sentenció don Casto (doña Olga era dueña de un burdel). Y a usted también don Casto, contestó severa la mujer. Los putos lloraban, Molloy con las puntas de la camisa metidas en la nariz permanecía mudo viendo con los ojos desorbitados. El negro José, que estaba parado en la esquina de la botica de Fallo, se acercó al ver la bola. Qué pasó mamacitas, les dijo a los putos, por qué lloran si ya estoy aquí. Los maricas no levantaron la cabeza del hombro de doña Olga. No seas mala sangre, lo miró don Casto, ¡mira!, le señaló al murciélago que planeaba ahora hacia las puertas de la cantina del Chilango, este es un aviso para que te pongas a trabajar (el negro José tenía seis hijos, su mujer y su ma-

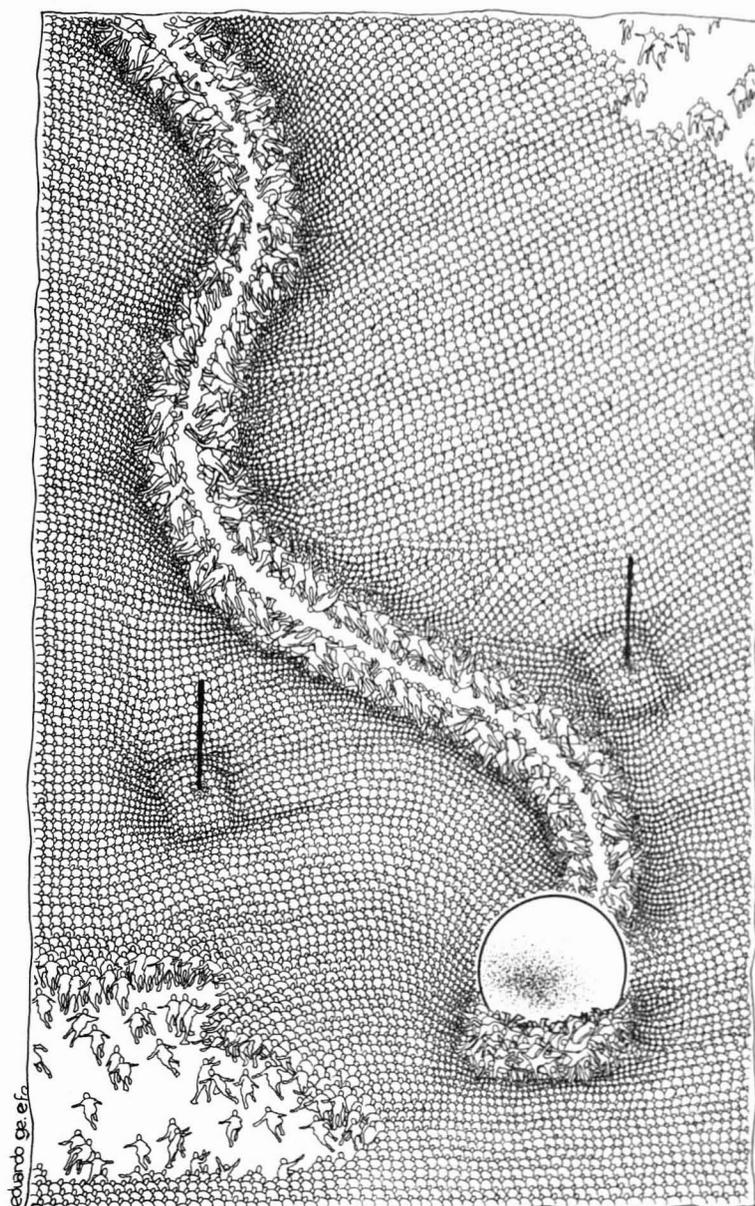
dre los mantenían y él, con su camisa floreada, se la pasaba en el billar dejándose querer de las putas y los putos). Ah carajo, exclamó el negro y se pasó la mano por el bigote, desconcertado, con los ojos nerviosos, pendiente del murciélago que ahora movía la cabeza de un lado a otro. Parece un ratón con alas, dijo pensativo.

Molloy seguía con las puntas de la camisa metidas en la nariz, balbuceaba pasándose el dorso de la mano por los ojos llorosos. Don Casto estaba lívido, apoyado sobre el dependiente. Dios nos sabrá perdonar, dijo para sí. Doña Olga empezó a apachar a sus putos para consolarse, y el murciélago dando de vueltas como si estuviera ensayando sus alas. ¡Fallo, ven!, gritó el negro, ¡ven a ver a un vampiro volando a mediodía! Fallo caminaba hacia el grupo abrochándose la bragueta y estirando su playera que dejaba expuesto un ombligo rodeado de pelos. Hermanito, le dijo el negro, ya no te andes cogiendo a las inditas que atiendes porque mira, le señaló al vampiro que volaba directo hacia el grupo. Todos se hicieron para atrás, los putos gritaron y el viejo Molloy quiso correr pero se sintió de una pierna y se quedó quieto entre espantado y adolorido. El Chilangosalía de su cantina seguido de los Pimpos, dos cargadores que allí se la pasaban cuando no acarreaban bultos. Los Pimpos ya estaban medio pedos; parece que están asustados dijo el más gordo, es que se cayó Molloy de la bicicleta, intervino el menos gordo, tráete el vaso de caña para que se le vaya el susto ordenó el primero. El murciélago viró en redondo y se fue directo a la acera donde estaban el Chilango y los Pimpos; los Pimpos, cuando lo vieron, se metieron a la cantina, el Chilango vio el bulto y preguntó si era una mariposa. No seas pendejo, contestó uno de los Pimpos desde adentro, es un vampiro, y esos no salen más que de noche. El otro Pimpo agarró los lentes que estaban en el mostrador y se los llevó al Chilango. El vampiro ya había dado la vuelta y se iba calle adelante hasta la casa del licenciado Gínés. El Chilango, con los lentes puestos, lo vio alejarse y le gritó a don Casto: saque usted una tiza y dibuje una cruz en la calzada. Don Casto balbuceó la orden al empleado.

El Chilango entró a la cantina por un cabo de vela para prenderlo junto a la puerta. Estos murciélagos no entran donde hay lumbre, informó a los Pimpos. El vampiro no va a entrar, Chilango, simplemente está anunciando algo, y tienes razón en preocuparte porque el aguadiente que vendes tiene más agua que los chalanes de Porfirio, mira nada más como tengo las patas de hinchadas por tu culpa. El Chilango salió con la candela prendida y le gritó a don Casto: hay que hacer algo para conjurar el mal.

El vampiro daba vueltas frente a la casa del licenciado y el Hotel de los Turcos. El licenciado Gínés (que con la ayuda de su profesión y la del tío Cole se había adueñado de varias casas y predios

del pueblo) miraba maravillado al vampiro que cabeceaba otra vez de acera a acera; es increíble, se dijo, con la mano puesta en la barbilla. Los Turcos ya habían salido y empezaron a discutir entre ellos (eran especialistas en organizar partidas de pokar). Oiga licenciado, dijo uno de ellos, este vampiro está medio raro, mire usted a la gente. Don Casto, doña Olga y los demás venían con otros siguiendo al vampiro; don Casto, con un crucifijo en la mano entonaba canciones religiosas que los demás acompañaban. Que viva mi Cristo, que viva mi rey. La mujer del licenciado salió con una escoba en la mano al oír los cantos, el licenciado reía por el asombro. Descarado dijo su mujer, deberías tener piedad y pensar en el futuro de este presagio. Ese robar de terrenos que se hinque gritó alguien de



la bola, y el licenciado se metió al conjunto poniéndose al lado de don Casto. Todos los del mercado, a un grito del Chilango, se unieron para deshacer el augurio, las mujeres y los chamacos que habían ido al mandado formaban parte de la muchedumbre que seguía al crucifijo y al vampiro que daba vueltas y planeaba. Interrumpían el canto para lanzar consignas, por Cristo nos salvaremos, esos tahures que se hinquen: los Turcos se pusieron al lado de doña Olga y los putos. Molloy, resagado, venía al lado de los Pimpos con un vaso de caña en la mano, su cerebro artrítico ya no se acordaba del suceso, ahora reía con una punta de la camisa metida en la nariz. El vampiro tomó un poco de altura al sentir el calor de la muchedumbre que cada vez era más grande. Don Casto no dejaba de entonar la canción y de enojarse por los empujones, no ven que él lleva el crucifijo dijo doña Olga. Asesinos, gritó alguien de atrás, ustedes tienen la culpa, y entonces todos los de adelante alzaron la voz en el canto. Que viva mi Cristo, que viva mi rey, que impere doquiera triunfante su ley. ¡Viva Cristo rey!, gritó el negro José. Huevón, se oyó otra voz que gritó con el viva de los de adelante. El murciélago deshizo el círculo que estaba trazando y continuó hasta llegar adonde termina la calle. La multitud siguió al espectro con su paso de procesión, cruzando frente al muelle donde Porfirio salió de su caseta de madera. Los estibadores se unieron dando más brío al suceso, pidiendo que Porfirio se incorporara. Que se vaya de rodillas, gritaron: esbirro del tío Cole, se animó uno de los Pimpos. Los cantos se les agotaron y ahora entonaban los de la Guadalupe. En el cerro una hermosa mañana, Porfirio se fue hasta adelante y se puso al lado del licenciado, la guadalupana, la guadalupana, hambreador de indios gritaron atrás, la guadalupana bajó al Tepeyac. Al final de la calle se encontraba la casa del tío Cole, el vampiro planeaba, hacia sus giros ante la mirada extrañada del pistolero cuidadoso de la puerta que, al ver la manifestación, se metió. ¡Oremos!, gritó don Casto, tenemos que desagraviar al señor, que paguen los asesinos y hambreadores se oyó una voz, doña Olga empezó: Señor ten piedad de nosotros, ten piedad de nosotros, y castiga a los culpables, se escuchó el responso. Putos, se oyó al Pimpo, que caminaba con dificultad. Cuando llegaron, el tío Cole estaba esperándolos con cuatro de sus muchachos. Cuál es el problema, preguntó con su voz pausada y fuerte. Mire usted, dijo don Casto señalando al vampiro, es una señal de que algo malo va a ocurrir y queremos desagraviar al Señor para que conjure el mal. Todo quedó en silencio, sólo se escucharon los movimientos que hizo el tío Cole para desenfundar. Apuntó unos segundos al vampiro y disparó. El animal sufrió un espasmo, trazó una parábola y fue a desplomarse a sus pies.

Entonces los de atrás se agacharon a recoger las piedras.